

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 37 (2010)
Heft: 4

Artikel: Historia de Suiza : "En Suiza, el pueblo es el protagonista"
Autor: Eckert, Heinz / Maissen, Thomas
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908263>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 15.03.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

«En Suiza, el pueblo es el protagonista»

Pese a los conocimientos de que disponemos y los resultados de las investigaciones sobre la historia de Suiza, nos faltaba un panorama actual destinado a un público amplio. El historiador suizo Thomas Maissen llena este hueco con su «Geschichte der Schweiz» (Historia de Suiza), una obra breve, actual, compacta y de fácil lectura. Heinz Eckert entrevistó al autor.

PANORAMA SUIZO: *¿Por qué ha escrito una nueva Historia de Suiza?*

THOMAS MAISSEN: En los últimos años recibí solicitudes al respecto de un total de cinco editoriales o responsables de proyectos, así que es evidente que había una gran demanda de una exposición concisa escrita por un mismo autor, que proporcione información formal pero comprensible para un público amplio. El último libro comparable que satisfacía elevadas exigencias fue la obra que Ulrich Im Hof escribió en 1971. También los libros de historia de Suiza escritos conjuntamente por varios especialistas han quedado obsoletos.

¿Se dispone de nuevos conocimientos que habría que actualizar?

En varios decenios de investigación han pasado muchas cosas: No sólo la Segunda Guerra Mundial despertó un gran interés, sino también por ejemplo la formación de alianzas, la difícil convivencia de las distintas confesiones, el trato con los extranjeros; 1998 fue un importante año de celebraciones que aportó numerosos conocimientos nuevos sobre la Paz de Westfalia (1648), sobre la República Helvética (1798) y sobre el Estado federal liberal (1848). En la investigación de la historia de los diversos cantones abundan los nuevos acontecimientos, y ése fue el centro de gravedad durante los últimos decenios.

¿Ve usted ahora de otro modo el papel de Suiza en la Segunda Guerra Mundial?

Gracias al material de archivo al que se tiene acceso, pero sobre todo a los debates públicos al respecto, la imagen de Suiza en la Guerra ha cambiado profundamente en los últimos 20 años. Quiero puntualizar este hecho, pero también subrayar que ya no es un nuevo enfoque propiamente dicho, si bien es obvio que muchos aspectos siguen siendo muy controvertidos.

Usted escribe en su prefacio que la historia suiza no presenta ninguna ruptura, y se caracteriza por una sólida y aburrida continuidad.



THOMAS MAISSEN (1962) es catedrático de Historia Moderna en la Universidad Ruprecht-Karls de Heidelberg, Alemania, obtuvo su cátedra en 2002 con su trabajo «Die Geburt der Republic. Staatsverständnis und Repräsentation in der frühneuzeitlichen Eidgenossenschaft» (en alemán), y hasta 2004 fue catedrático SNF en la Universidad de Lucerna. De 1996 a 2004, Maissen trabajó para el NZZ realizando análisis históricos y, entre otros, escribió comentarios sobre los trabajos de la Comisión Bergier.

¿Qué quería decir?

En realidad, lo que quiero decir es que para ciertas personas es sólida y aburrida. Uno puede contar el desarrollo de Europa en general sin mencionar a Suiza, lo que no es posible en el caso contrario. Y es que aparte de las guerras de Borgoña y la Reforma, en la historia de Suiza no hay acontecimientos revolucionarios, lo que más bien supuso una ventaja para el país.

¿Hay Estados con una historia ejemplar?

En principio, la historia nacional es muy similar en todas partes. La meta de los conocimientos es el nacimiento del propio Estado nacional, de cuyas «raíces» se hace un seguimiento lo más largo posible, y se considera una desviación de la norma – como si tal cosa existiera, es decir como algo «excepcional» o como un «caso especial». Esta particularidad sirve también para las legitimaciones políticas actuales, siguiendo el lema: como éramos neutrales, siempre seremos neutrales. Pero claro, podríamos comparar este hecho con la «singular responsabilidad de los alemanes en lo referente a su propia historia» o la misión de los franceses de prologar por el mundo la filoso-

fía de la «Grande Nation». Una diferencia importante radica en la importancia para Europa de figuras como Lutero, Napoleón o Bismarck, porque sus actos tuvieron repercusiones para otros muchos pueblos. Esto sólo es aplicable en el caso de Suiza a Zwingli y sobre todo a Calvino, un francés. Y es que, efectivamente, en Suiza el protagonista es, en cierto sentido, «el pueblo», la colectividad, no los individuos, pese a que siempre tuvo estructuras claramente jerárquicas.

La historia nacional es un campo fuertemente politizado, de ahí que los mitos victimistas (Amselfeld) y la honra nacional (negación del genocidio armenio) jueguen un papel considerable, justamente en los nuevos países o los recientemente independizados países de Europa del Este o del «Tercer Mundo», pero asimismo en Francia o en EE.UU. Con una actitud relativamente realista frente a su propia historia nacional, Suiza se alinea a la corriente que prevalece en las sociedades del norte y el oeste de Europa, pero en todas partes hay temas que pueden despertar acaloradas discusiones por las diferencias de interpretación, eso es normal.

¿Qué tenemos que saber del pasado para comprender el presente?

No comprendo el presente e ignoro muchas cosas del pasado. Creo que no se trata tanto de «conocer» fenómenos históricos sino más bien de saber que los temas actuales siempre tienen una dimensión histórica: El debate sobre el secreto bancario se remonta a una ley de 1934 promulgada en un contexto histórico completamente diferente, a su vez consecuencia de la Primera Guerra Mundial, propiciada por la oposición entre Francia y Alemania en 1870/71, respectivamente por Napoleón, que continuó la política expansionista de Luis XIV, etc. Siempre se puede retroceder mucho en el tiempo, lo cual no suele ser necesario, porque para firmar un acuerdo de doble imposición con Francia no hay que negociar con Luis XIV. Pero es bueno saber algunas cosas, porque todos nosotros, unos conscientemente, otros no, arrastramos con nosotros estas pasadas decisiones históricas como una especie de «herencia».

Una y otra vez se considera a Suiza una nación constituida por deseo, debido a sus diferencias culturales.

¿Lo es?

Yo más bien la veo como una alianza defensiva. Queremos mantener nuestra libertad de movimientos en nuestro entorno más cercano, por ejemplo en nuestro municipio o nuestro

cantón, y creemos que no la tendríamos en Alemania o en Italia, lo que en parte es verdad. Lo mismo quieren los ginebrinos o los del cantón de Vaud. Este deseo de mantener la autonomía a pequeña escala es seguramente lo que nos une, pero como digo, yo veo en ello más bien un deseo de oponernos a los otros Estados vecinos, más que un deseo de acercarnos a los otros cantones. Los suizos alemanes aprenden italiano, dado el caso, no para hablar con sus compatriotas del Tesino o del sur de los Grisons, sino para ir de vacaciones a Sicilia.

¿Existe una identidad suiza?

Claro que sí, en la escuela y en la vida pública, una que manifiesta estos aspectos del entorno más cercano como vínculos, lo cual es tan justificado como por ejemplo la continua referencia a la Constitución que hacen los estadounidenses, es como equiparar el federalismo a la democracia directa, la neutralidad, etc. A esto hay que añadir los aspectos suprarregionales inculcados con un cierto éxito como comunes a toda Suiza: los Alpes, la agricultura, Suiza como centro industrial, los rendimientos deportivos (en el esquí, el tenis, el fútbol). Los respectivos contenidos son específicos de cada país, pero los moldes utilizados para formar una identidad se asemejan mucho en todas partes.

¿No se basa la democracia directa en gran parte en la identidad suiza?

Sí, claro, pero es interesante que de los sondeos se desprende que la política exterior y la neutralidad encabezan la lista de valores suizos, aunque a nivel internacional casi no tienen ninguna importancia ya.

¿Qué importancia tienen todavía los mitos suizos como Rütli, Tell, etc.?

Los mitos sustituyen el conocimiento y por eso son muy útiles, ya que contribuyen a dar sentido y orden al pasado. Los suizos saben que estas historias sobre Tell, Winkelried, etc. no se pueden tomar muy en serio, pero no disponen de otras para sustituirlas. Muchos suizos ya no se quedan atónitos pero sí sorprendidos cuando se enteran de que las historias sobre Tell, Winkelried, etc. no contienen ni un «ápice de verdad histórica».

Usted dice que los suizos empezaron a inventar su historia en la Baja Edad Media. ¿Qué parte es inventada y cuál real?

En los relatos y mitos nacionales se trata de tener un pasado común lo más antiguo po-

sible. Por ejemplo en la Baja Edad Media se descubrió para ello a los helvéticos como «antepasados», se adoptó el relato del tiro con arco de Tell a partir de otros textos extranjeros y se inventó la tradición de la liberación. Todo esto fue combinado con acontecimientos mejor documentados para poder crear un pasado verosímil y creíble que tenía sentido para los contemporáneos.

¿Es más «veraz» la historia de otros países?

No, la palabra «veracidad» transmite una imagen equivocada. Aquí nadie hace trampas ni engaña, se trata de incluir una epopeya histórica siempre incompleta y que deja preguntas sin respuesta en un contexto que tenga sentido y tape al mismo tiempo los huecos, para construir un relato coherente. Esto lo hacemos hoy en día mucho más cuidadosamente, respectivamente con mucha menos creatividad que la gente del siglo XV, pero en principio es un proceso forzosamente muy similar.

¿Tiene dificultades Suiza con su propia historia?

No tengo la impresión, más bien percibo un cierto desinterés por las razones mencionadas, porque no ha habido en Suiza ningún suceso revolucionario de gran alcance.

¿Qué importancia tiene la historia política para un país?

Si su prioridad está en el aspecto «político», la ventaja es que se puede personalizar. La historia social y económica de la industrialización es mucho más importante para el desarrollo y para nuestra concretísima vida cotidiana como asalariados urbanitas que la historia política. Pero dispone de muchos héroes anónimos, mientras la historia política produce identidades positivas y negativas como Napoleón, lo que de otro modo sucede más bien en el mundo de la cultura, y hoy en día en el del deporte.

¿Se aprende algo de la historia?

Aquí estoy de acuerdo con el historiador más famoso de Suiza, Jacob Burckhardt: la historia no nos prepara para actuar más inteligentemente la próxima vez sino que (en el mejor de los casos) nos enseña algo para siempre. Y como la historia no se repite, no podemos aprender a reaccionar ante un acontecimiento; en este sentido nos vemos sorprendidos una y otra vez por el desarrollo de las circunstancias. Pero gracias a nuestros conocimientos de historia podemos afrontar estas sorpresas con algo más de serenidad, ya que por la experiencia que brinda

la historia consideramos muchas más cosas posibles que la gente que se ve atrapada en sus quehaceres cotidianos. Como historiador, parto por ejemplo de la base de que volverá a haber guerras en Suiza y en Europa occidental, un temor que la mayoría de la gente no comparte. Pero este convencimiento no me proporciona ninguna receta contra estas guerras ni sabría qué hacer si estalla una.

¿Designaría a Suiza como un país con éxito?

Por supuesto. Las asociaciones políticas se forman para garantizar una supervivencia más o menos segura de sus miembros. En este sentido, el balance de Suiza a largo plazo es muy halagüeño.

¿Ve importantes puntos de inflexión positivos o negativos en la historia de Suiza, cuyas repercusiones se dejen aún sentir?

La Reforma (secesión confesional), en 1798 (la igualdad de derechos y el Estado nacional), en 1803 (el federalismo), en 1848 (el Estado federal), en 1874 (la democracia directa), la Segunda Guerra Mundial (el modelo de concordancia), en 1971 (la duplicación del número de ciudadanos); pero muchas cosas surgen de un proceso más discreto que no se puede medir en fechas.

¿Se trata la historia de modo diferente en las distintas regiones lingüísticas?

Sí, porque siempre tiene una fuerte componente cantonal, así que no existe ninguna historia global de Suiza. ¿Qué suizo alemán conoce al comandante Davel? ¿Qué ciudadano de Vaud no le conoce? Además, la historia de las distintas regiones lingüísticas está profundamente marcada por las tradiciones historiográficas y los modelos de los países vecinos.

¿Qué interés tiene Suiza por su propia historia? ¿Más o menos que antes? ¿O se mantiene siempre igual?

Generalmente, el interés por la historia nacional es mayor en periodos de crisis que en la vida cotidiana sin sobresaltos, porque en situaciones difíciles se busca una orientación. En este sentido, se supone que el deseo de saber más sobre la historia suiza y la controversia al respecto más bien irán en aumento.